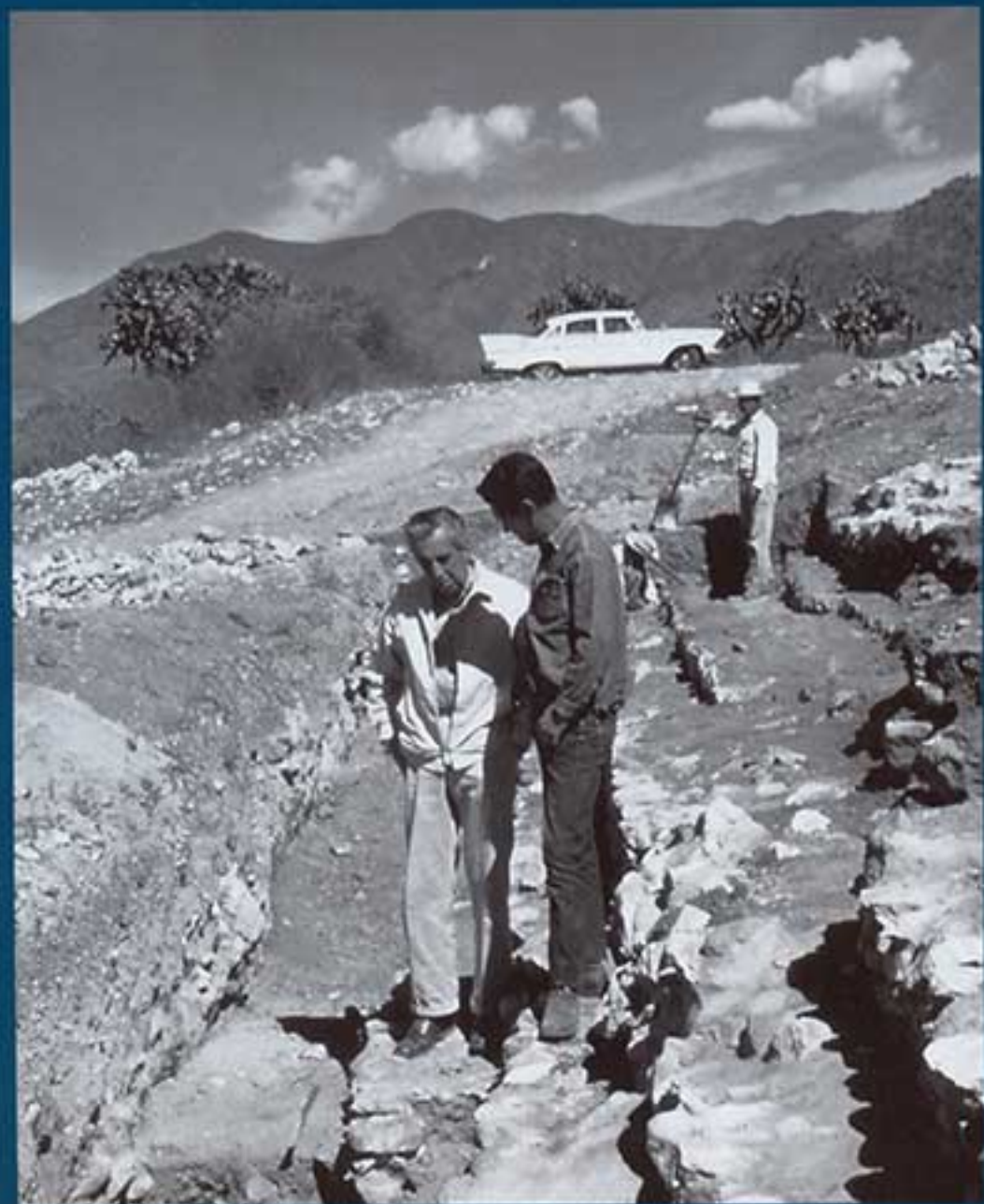


HOMENAJE A **IGNACIO BERNAL**

EDITADO POR NELLY M. ROBLES GARCÍA



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

IGNACIO BERNAL Y LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO

Daniel Schávelzon*

Se vive con la esperanza de ser un recuerdo

Antonio Porchia
Voces, 1943

* Director del Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires; investigador principal, Conicet; director de Arqueología Urbana del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina

El título de este trabajo dice, concretamente, que el inicio de la historia de la arqueología en México se le debe a Ignacio Bernal. Obviamente no es lo único que le debemos, ni fue el único en hacerla, pero eso es precisamente lo que vamos a discutir aquí. Porque el sólo decirlo no es algo menor: esta actividad, que hace treinta o cuarenta años parecía un pasatiempo de jubilado —y así lo interpretó alguna bibliografía internacional—, terminó siendo un campo de exploración de riqueza insospechada para entender no sólo cuándo se hizo algo, sino cómo y por qué se hizo. No sólo saber lo que pasó en la historia, o el porqué fue escrito y quiénes lo hicieron, también en qué momentos concretos; qué querían decir al hacerla. Como bien sabía Bernal, para llegar a una etapa de desarrollo del conocimiento, hay que hacer otras antes; obvio pero por muchos no comprendido.

Y para analizarlos, a Bernal y a su obra, haremos precisamente un ejercicio de historia de la arqueología, primero del autor para ponerlo en su contexto, luego de sus publicaciones para entenderlas mejor.

Las preguntas que nos interesa contestar, y para eso vamos a revisar detenidamente la historia del propio Bernal, son ¿por qué alguien, y no otro, decide en cierto momento, y no en otro, hacer una historia de su especialidad científica? Puede parecer un poco complejo pero veremos que, si bien sabemos que nada es casual, esto está profundamente enraizado en la forma de ser y de actuar de don Nacho, como llamaban en el campo a don Ignacio Bernal. Nos va a abrir una reflexión sobre cómo se construye el pasado, quién determina qué es presente y que ya no lo es, incluso en los grandes temas polémicos: qué es lo que ha dejado de ser presente, y eso no es un tema simple para decidir; qué es lo que ya no hay que seguir discutiendo porque ha sido superado o se ha impuesto. Y estamos hablando del Poder. Porque una historia de Ignacio Bernal es por ende una historia del Poder en arqueología, tema del que se habla menos de lo que se debería: las instituciones no se construyen por deseos sino por decisiones y por acciones políticas.

Bernal será un arqueólogo que nos va permitir generar una reflexión sobre la arqueología en la etapa de máximo desarrollo de la llamada Escuela Mexicana de Arqueología, de esos años que fueron de Carranza a Miguel Alemán, un México que ya se había definido como país, que había decidido incorporar al indígena a su identidad —otros países decidieron lo opuesto—, una identidad que ha sido montada en buena medida a través de la mirada externa —de Anna Brenner a Tina Modotti e, incluso, de los Kalho—, en que el indio vivo no era el indio muerto (son temas que pertenecen a diferentes campos

del conocimiento: uno, a la arqueología y el otro, a la etnografía). Y que los que perdieron la Revolución, los científicos de Porfirio Díaz —entre ellos, los Ateneístas— finalmente llegaron al poder. Desde Pedro Enriquez Ureña y su *Región más transparente*, escrita en París porque no quería participar de los cambios de una Revolución que ni entendía ni aceptaba, hasta José Vasconcelos con su *Raza cósmica*, que proponía una mezcla de habitantes de Nueva York y Buenos Aires. Una arqueología que, desde Leopoldo Batres en 1881, ya había decidido ser un monopolio de Estado y, además, centralizado, que fagocitaba, mediante el nuevo *INAH*, al Museo Nacional, por el que hubo tantas peleas entre Manuel Gamio y Manuel Mena, entre tantos otros. Que las clases se darian en esa institución a través de una escuela creada *ex profeso* en lugar de seguir en el museo (Jiménez Moreno, 1949). Y en donde los Estados Unidos tenían un lugar de privilegio en los proyectos de investigación para lograr resolver las relaciones diplomáticas (para eso se inventaron los cursos de verano —historia y arqueología—, actual Escuela para Extranjeros de la UNAM). Ya se habían superado los años en que Batres intentaba que no entrasen extranjeros a hacer arqueología sin su permiso; de Manuel Gamio y su grande y repentinamente finalizado trabajo en Teotihuacán; cuando se le había dado Cuicuilco a Byron Cummings —lo que Marquina jamás perdonó y por lo que vivió tratando de desprestigiarlo (Schávelzon, 1983)—, y que Chichén Itzá, el segundo gran trabajo proyectado e iniciado por Gamio, se le dio a Sylvanus Morley (Brunhouse, 1973; Schávelzon, 1990).

El nuevo *INAH* ya había aceptado su papel, y ése era claramente político porque era el responsable de establecer —consolidar, diríamos— la nueva imagen de México hecha en la década anterior. Si el que gestó ese gran proyecto de una nueva arqueología para México fue Miguel Covarrubias mientras estaba en Francia —con apoyo de Diego Rivera—, como algunos intuyeron, es posible aunque difícil de probar como todo lo que hicieron los agentes encubiertos del gobierno en el exterior en esos años.

La realidad es que Bernal, nacido en París en el preciso año de 1910 en que explotó la Revolución, tras hacer estudios allí, en México y en Canadá, va a ser un joven de mundo, que hablaba fluido el inglés y el francés, que estudió abogacía (entre 1932 y 1943) para seguir en el rubro de los negocios de la familia. Pero en este caso tuvo un profesor de historia que le generaría un enorme conflicto intelectual: alguien que le despertaría el amor por el pasado, un atractivo del que ya jamás se lograría despegar. Era nada menos que Alfonso Caso, hermano menor de un miembro del Ateneo —Antonio Caso—, que acababa de fundar la Escuela Nacional de Antropología. Esto llevó a que Bernal dejara su mundo del derecho y los negocios y a que, antes de graduarse, acompañara a Caso a Monte Albán, en 1942. No era cualquiera, Caso llevaba dieciocho años trabajando en Oaxaca, pertenecía a su círculo social, y le abría una veta inesperada que lo fascinó. Al año siguiente ingresó en la *ENAH* para recibirse en 1947, luego hizo la maestría y completó el ciclo con su doctorado en la UNAM, en 1950, mientras siguió sin interrupción sus viajes de excavación a Monte Albán. Así, Bernal terminaba sus estudios al más alto nivel, tenía experiencia de campo, y de su vida anterior le quedaba una fuerte propensión por las actividades de gestión y dirección institucional y buenas relaciones con el ámbito privado y el de los grandes coleccionistas, ambas cosas importantes para su futuro.

DE LA ESTRATEGIA A LA HISTORIA (1947-1952)

La corta primera etapa de la vida científica de don Nacho tuvo objetivos más que claros: no era un joven graduado sin experiencia sino alguien con un camino claramente trazado y comenzado a recorrer. Así que planeó, con o

sin conciencia, eso no lo sé, una estrategia de trabajo que duraría cinco arduos años. Ésta se basaría en publicar de manera intensiva y asumir etapas aún en discusión como ya cerradas, mostrando que, al menos él —y otros, obviamente— usaban una metodología moderna y tenían claro lo que estaba superado y, por ende, cuál era el futuro. Para eso Bernal estableció una forma de trabajo que seguiría toda su vida: comenzó publicando sobre un códice de Oaxaca y a partir de allí haría de manera casi obsesiva artículos muy cortos, como reseñas, notas, necrológicas, luego prólogos, introducciones, muchas de ellas de una o dos páginas. Pero sabiamente distribuidas, unas en revistas muy especializadas —donde sabía quién sabría que él leía esos libros y los reseñaba— y otras, en publicaciones de amplio espectro de lectores, incluyendo sus primeras notas sobre historia de la arqueología, más como recuerdos y homenajes que como historia lejana; era por gente que le fue cercana (Bernal, 1951 a y b). En medio de esta seguidilla haría dos libros fundamentales: con Alfonso Caso publicaría la monumental *Urnas de Oaxaca* (Bernal, 1952a), en la cual, y no casualmente, casi la mitad de las urnas provendría de coleccionistas y las cuales no fueron excavadas por ellos pese a su críticas sobre la necesidad de no trabajar con material que no tenía garantías (Sellen, 2005). Por otra parte publicaría un libro crucial: *Introducción a la arqueología* (Bernal, 1952b) en el cual mostraba qué era ciencia (y qué no lo era) y que había un único método de trabajo; todo lo demás era pasado acientífico superado; tampoco faltaría ese año algo histórico, en este caso el primer congreso científico mexicano (Bernal, 1952c). Mantendría relaciones con la educación privada a través del Mexico City College por toda su vida, con los coleccionistas como el Museo Frissel, el grupo de John Paddock y los arqueólogos estadounidenses independientes del INAH.

Bernal estaba determinando un camino, el suyo y el de la arqueología mexicana, heredaba rápidamente a Caso y todo tenía que quedar claramente definido, cerrado, para poder seguir adelante. Y eso lo logró precisamente con dos artículos cruciales en su obra: "Cien años de arqueología mexicana" y "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha" (Bernal, 1952 d y e). Y los dos se publicaron en *Cuadernos Americanos*, una revista hecha por los exilados españoles claramente de izquierda, con quienes Bernal no debía coincidir demasiado en ideas, pero cuya publicación, era cierto, tenía mayor difusión en el continente que ninguna otra. Había un método para difundir y establecer, y un pasado qué cerrar, y las herramientas necesarias eran diferentes.

EL NUEVO ARQUEÓLOGO: FUNCIONARIO DE ESTADO Y HOMBRE INTERNACIONAL (1953-1963)

Para ese momento Bernal tenía una posición indiscutible en realidad, a pesar de ser un "recién recibido" en el mundo profesional: publicaciones propias, ediciones con grandes personalidades como Caso en libros de enormes dimensiones, mucha difusión en las revistas especializadas y trabajo de campo intenso; por otra parte no le faltaban las relaciones sociales nacionales e internacionales ni con el Estado. Era el perfecto candidato a funcionario y capacidades las tenía todas: comenzó como secretario del INAH (1954-1955) a la vez que tenía igual cargo en la, en ese entonces muy activa, Sociedad Mexicana de Antropología, luego fue director de monumentos prehispánicos (1956-1958) y llegó a ser subdirector del INAH por un decenio (1958-1968), fueron cientos los proyectos que se organizaron y llevaron a cabo bajo su periodo. Con los años llegaría a ser director también, pero en otra etapa, porque ésta la cerró siendo director del Museo Nacional de Antropología. Su estrategia personal se mantuvo constante: hizo casi una docena de viajes internacionales a encuentros de todo tipo y presentó muchas ponencias, incluso estuvo en la UNESCO; publicó cinco libros e hizo 43 reseñas, prólogos y artículos

menores. Esto lo ubicaba en todas partes y en todas las grandes obras: nada más que el Museo Nacional de Antropología aún rebasa cualquier parámetro de dimensiones, cantidad y calidad en toda América Latina.

Y nuevamente cerró el periodo con una obra magistral, que nos sigue siendo de una utilidad asombrosa, incluso en tiempos de internet: la *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y norte de México, 1514-1960* (Bernal, 1961a). Al igual que en la etapa anterior, cerraba ésta diciendo sutilmente que todo el conocimiento sobre Mesoamérica estaba ahí, y realmente lo estaba. Era como la historia, no había diferencias. No cualquiera podía generar una obra colosal que, sin duda, mostraba que alguien, en este caso él, había visto todo lo escrito jamás sobre la región en todas sus ediciones, reseñas y notas; no era poco lo que estaba mostrando y se podía hacer porque, precisamente, se había terminado la etapa de los fundadores de la Escuela Mexicana. Por supuesto no faltaron artículos sobre temas puntuales de historia de la arqueología mexicana en que entraban desde Humboldt hasta Manuel Gamio o Adolfo Bandelier (Bernal, 1953, 1956, 1960, 1961 b y c).

LA APOTEOSIS DE UN ARQUEÓLOGO Y UN FUNCIONARIO DE LA ARQUEOLOGÍA (1963-1979)

Ésta es la última etapa activa de Bernal, y nuevamente fue la unión de lo mismos elementos que antes, es decir, en realidad, la suma de todos ellos, incluso se va a cerrar de la misma manera: con una historia. Durante estos años ocupó los dos cargos más altos de la arqueología mexicana: director del INAH (1968-1971) y del Museo Nacional (1970-1977). Mientras continuó como siempre: dando clases en la UNAM, en la ya Universidad de las Américas; ingresó al Colegio Nacional en lugar de Caso en 1969, publicó 103 artículos cortos, nueve trabajos sustantivos y una serie de libros que fueron básicamente resultado de trabajos de campo como *Teotihuacan: descubrimientos, reconstrucciones* (Bernal, 1963), y después de los grandes trabajos de reconstrucción con Jorge Acosta, publicará el monumental libro *La cerámica de Monte Albán* con éste y Caso (1967) y lo hecho en Yagul, con Lorenzo Gamio, cuando ya hacía dos años había dejado los trabajos de campo.

Aparte debemos nombrar dos temas: su interés por redefinir a los olmecas y a Teotihuacan. El primer tema fue concebido a gran escala en *El mundo olmeca* (Bernal, 1968) donde por primera vez se lograba una mirada de conjunto sobre un tema tan discutido y sobre el que él mismo escribió tantos artículos antes y después. Pero la mirada no era inocente, no era sólo ver las cosas que se habían encontrado desde los tiempos de Stirling, sino construir un imperio sobre esa llamada Cultura Madre desde Covarrubias, a quien bien llamó El Primer Olmeca, aceptando que él era quien los había definido.

El segundo tema venía unido a Teotihuacan: si los olmecas ya habían tenido una expansión y un desarrollo de la envergadura que aparentaban tener ya que se veía con asombro que aparecían por doquier en los niveles más profundos de Mesoamérica —en especial en la iconografía—, entonces Teotihuacan era un verdadero imperio. Uno capaz de emular a Roma o a cualquier otro del pasado con su arquitectura monumental y su urbanismo expansivo y colosal. Eso lo dejó claramente establecido (Bernal, 1965 y 1967) después de editar sus excavaciones que seguramente debieron impactarlo si es que ya no lo estaba desde hacía mucho (Bernal, 1963). Si era la influencia de los circuitos culturales que se habían difundido desde Alemania tiempo antes, si era la corriente histórico-cultural de moda, no importa realmente para esto; la intención era mucho más grande: era entender a los pueblos prehispánicos en la envergadura no sólo que habían tenido sino que debían tener, y la obra

del Museo Nacional de Antropología es buena muestra de la escala que se estaba buscando; era la memoria nacional, nada más ni nada menos.

Por supuesto no faltaría la historia de la arqueología en su producción; también publicó un libro sobre los calendarios de Veitya (Bernal, 1973), una nueva biografía de Caso (Bernal, 1974), ingresó a la Academia Condumex hablando de los arqueólogos del siglo XVIII (Bernal, 1975a), sobre la Coatlicue y su historia posterior al hallazgo (Bernal, 1976) publicó artículos diversos del tema histórico (Bernal, 1978) y un estudio básico sobre la arqueología maya en el homenaje a su viejo amigo Eric Thompson (1977a). Cerró el periodo con su obra, para el tema que estamos tratando, más importante: la *Historia de la arqueología en México*, de 1979, que rápidamente fue traducida al inglés. Luego analizaremos en detalle esta obra sustancial, pero entre su libro sobre los olmecas, en que por primera vez se daba un panorama amplio y explicativo sobre esa cultura madre de todas las demás tal como se la concebía en su tiempo, y la *Historia...* que terminaba lo hecho, era a la vez una época y una personalidad que se completaban.

EL CIERRE DE UNA VIDA COMPLETA (1980-1992)

A los 69 años, Bernal inició su última etapa de trabajos, tras una impresionante carrera en la que en poco más de treinta años había pasado por todos los cargos, títulos, instituciones y espacios públicos que había en la arqueología mexicana; más era impensable e imposible. Si para él fue importante la imagen de Caso y el seguir su camino, no hay duda que lo hizo, y muy bien, se podría discutir si no mejor aún.

En esos años su trabajo se transformó por la edad en investigaciones de escritorio; envuelto en un mundo complejo en que las críticas a su grupo de amigos y colaboradores y a la forma de trabajo que habían establecido, explotaba con una nueva generación desde 1966 y se hacía oír cada vez con más fuerzas. Era el recambio generacional que, con lógica razón, pedía tener su propio espacio; no estaba ni bien ni mal, era la vida que continuaba su curso.

Pero también Bernal tuvo problemas de salud en los últimos años, con dificultades para movilizarse, lo que no le quitaba oportunidad para escribir: aun publicó varios trabajos, completó junto con Arturo Oliveros su libro sobre Dainzú, y publicó dos trabajos históricos muy importantes porque superaban a los antecesores y abrían nuevos caminos: *Los arqueólogos de Tenochtitlan* (Bernal, 1981) y *Patriotismo y viejas piedras* (Bernal, 1984). En realidad había hecho en esos años varios otros trabajos, incluyendo la edición de datos y correspondencias antiguas como M. A. Caro y R. J. Cuervo (Bernal, 1980), Sahagún (Bernal, 1982a), Nicolás León y Joaquín García Icazbalceta (Bernal, 1982b). Pero sus últimos artículos sobre anticuarismo y nacionalismo son particularmente importante porque Bernal, que ya había hecho su completa historia de la arqueología, ahora reabría el tema con una nueva vertiente: el nacionalismo, comenzaba a revisar el fenómeno que él mismo había ayudado a construir, una arqueología del nacionalismo. Nuevamente y al igual que en las etapas anteriores, hizo un cierre y, magistralmente, se quedó con la última y certera palabra.

Hasta aquí fue tratar de entender el contexto propio en que Bernal produjo historia de la arqueología, pero aún cabe preguntarnos por qué, en 1951, se cuestionaba sobre el pasado de su especialidad, y, más aun, por qué en 1979 necesitaba o decidía cerrar la historia: decir "hasta aquí..." es algo, "de ahora en adelante..." es otra cosa diferente. El escritor no es sólo observador, es actor; es más, a veces es el mismo director de la obra, porque en su libro va

a definir qué es el pasado, cuáles son las maneras de hacer arqueología que ya no sirven. ¿Qué es lo que ha quedado fuera del campo científico, qué es de anticuario o coleccionista, y cuáles son los métodos modernos de investigar? Todos esos no son temas menores. En cierta medida sus historias fueron hechas como formas de explicar los cambios que ellos mismos, como grupo, ayudaron a establecer y cuál fue su propio papel en esa historia. Historia que, al ser neo-evolucionista al fin, ubicaba a los actores al final del recorrido, como la etapa superior de la evolución científica; lo importante quedaba así establecido, lo demás era entendido como primitivo, como antecedente; así el legado de Caso quedaba instituido para siempre.

Por tanto nos preguntamos ¿qué había en 1952 sobre historia de la arqueología cuando Bernal escribía sus dos primeros artículos? Al menos en América Latina y en especial, en México. Y resulta interesante que, si bien había muchos artículos sobre los pioneros, al igual que había algunos reimpresos que resultaban útiles o anecdóticos, había necrológicas, pero más que nada había discusiones que hacían a la historia árbitro de polémicas del presente: habían escrito sus historias Ramón Mena (1911), Luis Castillo Ledón (1925) y Enrique Juan Palacios (1930). En realidad era parte de la pelea en el Estado si el Museo Nacional iba o no a integrar la estructura mayor que se veía venir desde que Leopoldo Batres comenzó con su Inspección de Monumentos y la cual llegó a constituirse en el INAH, consolidado con Caso. Era la búsqueda de antecedentes validantes, era mostrar que lo que habían hecho era importante. Cuando Manuel Gamio peleaba con Ramón Mena porque éste aseguraba que aquél exhibía "objetos falsos", la duda se apoyaba en el hecho de que Mena no fue quien excavó para descubrirlos; lo absurdo es que Gamio cometió el mismo error y exhibió "objetos falsos", puesto que no habían sido excavados por él. Era un mundo en que el paradigma estaba cambiando y quienes quedaron atrapados en el cambio tuvieron muchos problemas para entender lo que sucedía. Por eso hubo tanto trabajo de escritorio en la vieja tradición: Ricardo Castañeda Paganini hizo un magnífico libro sobre la historia del descubrimiento de Palenque y un estudio de la zona maya (1943 y 1946) precedido incluso por un estudio sobre el origen del nombre de aquel sitio (Becerra, 1911), se escribió sobre el hallazgo de Tikal (Schaeffer, 1951, anónimo 1930), y no podían faltar ya las vidas de Fray Francisco de Ximénez, los viajes y descubrimientos de Dupaix y de Stephens que siempre fueron tan atractivos, el exótico Abate Brasseur y hasta estudios detallados como el de Nicolás León definiendo su propia especialidad en su pionera *Historia de la antropología física* (1919).

La historia intentaba marcar el cambio que se estaba viviendo al introducirse nuevos métodos y nuevas técnicas, se definían los campos de acción, las instituciones rectoras después de la Revolución, se elaboraban pasados en que se reproducían las luchas políticas: si Porfirio Díaz era un dictador, por supuesto, su arqueólogo Batres debía ser "el malo"; si Vasconcelos fue un gran hombre de la cultura revolucionaria —aunque era un ateneísta, al fin y al cabo—, su hombre de campo, Gamio, debía ser extraordinario (Matos, 1972). Era buscar polaridades revolucionarias que en la realidad no existían y tiñeron la historia durante el siguiente siglo. Se estaban construyendo las nuevas instituciones y las luchas de la política entraban en la cultura. Al terminar esa etapa es justamente cuando Bernal hace sus dos primeros artículos sobre una historia ya establecida, completa, acabada. Se tardaría otro medio siglo en volver a abrirla.

Para la segunda etapa de la vida y la obra de Bernal, las cosas habían cambiado en el quehacer de la historia de la arqueología y ya había numerosos libros

sobre los pioneros, sobre los hombres que se entendían como los verdaderos fundadores. Una vez depurada la historia quedaban los héroes, y los libros destacaban la labor de la segunda generación, buscaban ídolos básicamente nacionales, así surgen Manuel Gamio en México a quien se le dedican revistas completas sobre su obra, como *México indígena* en 1971, a Julio Tello en Perú (Carrión Cachot, 1968; Espejo Núñez, 1948 y 1959; Mexía Xeppe, 1948; Santiesteban Tello, 1954; Larrea, 1956), Ricardo Latchman en Chile (Fuenzalida, 1944; Pereira, 1963; Mostny, 1967; Feliú Cruz, 1969), Max Ulhe (Montané, 1972; Orellana, 1974; Álvarez, 1974; Rivera, 1974; Mostny, 1964; Linares Málaga, 1964), Adolfo Bandelier (Ballivián, 1957; Chapin, 1959) o Germán Burmeister, el Perito Moreno, Samuel Lafone Quevedo y Florentino Ameghino en Argentina (Torcelli, 1913-1936; Furlong, 1964; Cáceres Freyre, 1967; Birabén, 1968).¹ Estaba claro que sus métodos no eran los modernos, pero eran los que habían iniciado las instituciones, los museos y con los cuales sus discípulos formaron la primera generación ya profesional.

Quizás en ese proceso de institucionalizar, de construir una línea de recorrido, una selección de personas y acciones en el fárrago del pasado, entre 1960 y 1970, hubo tres países que generaron obras que, si bien sin un sentido crítico, al menos eran apabullantes: en México se editó *100 años de arqueología en México*, un homenaje a Hermann Beyer (Leonhardt, 1969), un volumen monumental con casi mil hojas pero con muy pocas destinadas a la historia más allá de lo necrológico. En Perú, Rogger Ravinés hacía su obra monumental *100 años de arqueología en el Perú* (1970) a la vez que, con Duccio Bonavia, hacía otro libro sobre los pioneros en el tema (1970); es más, había habido un reconocimiento a los anticuarios de los siglos XVIII y XIX, entre ellos a Antonio León y Gama (Moreno de los Arcos, 1970 y 1971), a Clavijero (Moreno de los Arcos, 1972a y 1972b), a Antonio Alzate (Fernández, 1972), a Stephens y a Catherwood en cantidad imposible de citar, aunque siempre menos que los reconocimientos publicados para el barón von Humboldt, el favorito de todas las épocas así como lo fueran los primeros alemanes en Perú (Kauffman Doig, 1963 a y b, 1969).

Con todo esto, que citamos sólo en parte, quedaba cerrado el tiempo de los pioneros e iniciadores, cuando el método coleccionista y de escritorio había dado paso a la arqueología de campo y a la universitaria, que los métodos establecidos primero por Francia en el americanismo y luego por Estados Unidos eran los que triunfaron en cada época y sólo quienes los aceptaron eran dignos de figurar en la historia.

Quizás eso explica ese insólito y extraordinario libro de Juan Comas, *100 años de Congresos Internacionales de Americanistas* (1974), que cubrió el continente sobre esa manera de hacer arqueología llegada desde Francia a América, y que implicó varios estudios para comprender el periodo signado por lo negativo de la invasión a México que lo cubrió con gran desprestigio, aunque con una fuerza de nuevo paradigma notable (Comas, 1962; Maldonado Koerdell, 1965; González, 1965). Vale la pena citar nuevamente a Juan Comas porque su trabajo lo llevaba por un camino muy similar y hasta paralelo en el tiempo al de Bernal (Comas, 1948 y 1950).

1 En Argentina hay una situación particular, producto de su historia: se editaron sobre los pioneros de la arqueología y de las ciencias afines docenas de libros y artículos, a veces cientos de ellos, como parte de la política del Estado; obviamente para la investigación de campo jamás hubo un peso. Por eso resulta imposible hacer una lista siquiera de lo que hay sobre Ameghino (para el 2000 había más de noventa libros; véase Chiarelli, 2006), Moreno (antes de 1960 ya había unas 25 publicaciones) o Ambrosetti.

Para esos años muchos países del continente ya tenían sus historias, podríamos decir que eran casi todas algo así como la "historia oficial" o, al menos, la institucional, como la había en las obras ya citadas de México y Perú; también ya la había en Ecuador (Bedoya Maruri, 1975), Bolivia (Díaz Arguedas, 1971; Frontaura, 1971), Argentina (Fernández, 1982), Guatemala (Luján Muñoz, 1972 y 1982), El Salvador (Casasola, 1975), de manera preliminar en Colombia (Duque Gómez, 1961), Brasil (Baldus, 1954) y varios otros. Por supuesto siempre eran historias narradas por quienes habían participado en ellas, aunque ya existían los primeros historiadores en el exterior que tomaban el tema como investigación pura. Era historia hecha en su mayor parte por los actores, por quienes habían establecido las instituciones, superado a sus pioneros, difundido métodos de trabajo, técnicas generalmente importadas y generalmente cerradas ante el embate de las críticas de la arqueología social, que se habían iniciado un decenio antes.

En los años que transcurrieron desde finales de la década de 1960 hasta finales de la siguiente, en que Bernal estuvo trabajando intensamente en su *Historia...*, lo mismo sucedía en el resto del continente aunque no de la misma manera; casi nadie lograba una mirada tan amplia, de tanta profundidad cronológica; era más sencillo tomar un personaje insólito, romántico, intrépido y, por qué no, historiarlo. Así fueron viendo la luz los trabajos citados del padre Márquez, León y Gama y Alzate, que con los años llegarían a generar largas polémicas por los inicios de la investigación de campo, si fue en Palenque o en la ciudad de México entre Matos y Navarrete; se revisó la obra de Frederick Waldeck y Teobert Maler (Kutscher, 1971; Echánove Trujillo, 1974), Julio Philippi (Philippi, 1971), la Misión Crequí-Montfort (Ponce Sanginés, 1970, 1974, 1975 a y b), Desire Charnay (Davies, 1981), August Le Plongeon (Desmond y Messenger, 1988), Tadeo Hanke (Ovando Sanz, 1974), en Cuba (Mestre, 1938 y Álvarez Conde, 1956) y muchos más, tanto que resulta imposible de citar.

Fue en ese ínterin que se publicó el libro que sin duda impulsó a Bernal a completar su historia, a dar su versión para México: el de Gordon Willey y Jeremy Sabloff, *A History of American Archaeology* (1974). No era el primero de su especie aunque sí el que le daba una mirada al continente; era una obra sustantiva que marcaba los caminos recorridos, y por recorrer. Establecía con toda claridad que las grandes teorías y métodos habían surgido en Europa primero y en Estados Unidos, después y que se fueron dispersando por el continente de norte a sur, de manera lenta, irregular, a medida que un grupo de pioneros estudiaba en Estados Unidos y llevaba las ideas a sus países, o éstas se difundían por medio de publicaciones. Por ende eran considerados como los padres fundadores de la arqueología moderna quienes primero habían aceptado esas teorías y las habían aplicado, dejando fuera del paradigma a los demás. Era un modelo rígido, vertical e imperial, sin duda alguna, que mostraba fisuras por todas partes; había casos en que Bernal mismo quedaba atrapado porque era un imperialismo tan bien estructurado que era difícil siquiera entenderlo. Valga un ejemplo: cuando Bernal —y luego Acosta— dirigieron los grandes trabajos de excavación y reconstrucción de Teotihuacan, había un grupo de arqueólogos de Estados Unidos que hizo un trabajo de superficie mapeando el sitio y reconstruyendo el proceso poblacional. No hay duda que lo hecho por René Millon era excepcional y nunca visto en el continente, mientras que lo que hacía el INAH era criticable por lo exagerado de las restauraciones, eje de sus trabajos, y los enormes gastos que eso implicaba para obtener muy poca información científica (Schávelzon, 1990). En una primera mirada no había dudas en la evaluación de quién hizo mejor arqueología —en el sentido de *más científica*—, pero una mirada más

profunda entendía otra cosa: los investigadores del exterior venían, hacían sus estudios y se iban; Bernal y el INAH tenían que crear un sitio que pudiera recibir un millón de visitantes al año y mantenerlo funcionando: museo, estacionamiento, tiendas, circulación, vigilancia, ceramoteca, oficinas. Quizás eso no justifica el ponerle techo al palacio del Quetzapapalotl, pero estaban haciendo otra arqueología, con otros objetivos; por lo que una y otra no eran susceptibles de ser comparadas, error que cometimos muchos.

Desde que Bernal hizo su *Historia...* muchas cosas pasaron en a la arqueología y en el mundo, cambios que implicaron, básicamente, el logro de que la nueva generación pudiera darle otra mirada a ese mundo de viajeros, anticuarios y coleccionistas que tanto le llamara la atención y que tanto estudiara. No sólo conoceríamos mejor esa primera etapa sino que también nos abríamos a una visión que incluiría la política, la economía y la sociedad. En aquellos tiempos la arqueología no estaba aún madura para aceptar ciertos temas, pero sí abordaba los antiguos, como la relación Batres-Díaz, porque estaban presentes aún. Sin embargo, no se atendían las relaciones de Morley-Carnegie-United Fruit; a las cuales sólo se harían caso hasta el decenio siguiente (Sullivan, 1989; Schávelzon, 1988 y 1989) o en otras regiones del continente (Politis, 1995; Langebaek, 2003; Mendonca de Souza, 1991); otro tema echado de lado era el concerniente al hecho de que los chicleros que abrían los caminos por intrincadas selvas de Petén, en donde Maler o Morley y tantos otros encontraban las ruinas mayas, eran fruto de una miserable explotación humana (Forero y Redclift, 2006) o aquel otro asunto de la destrucción de la vegetación y de la caoba o, peor, los asuntos relacionados con que algunos de sus grandes hombres eran o habían sido espías en momentos que no pudieron evitar, como el propio Sylvanus Morley (Sadler, 2003), o jerárquicos agentes de la CIA como Edward Wyllys Andrews IV el excavador de Dzibilchaltún (Stirling, 1973; Wauchope, 1972; comunicación personal con Alberto Ruz Lhuillier, 1988).

Incluso las peleas entre Batres y Gamio han sido reconsideradas y entendidas ante nuevas evidencias: tales como los títulos académicos de Batres y la manera diferente de entender el pasado así como la importancia de haber iniciado el control de quienes trabajaban en el país y de la preservación y la restauración financiada por el Estado, en la nueva arqueología nacionalista (Matos, 1998, 2003). Es más, con los años, la mirada de Glyn Daniel, que sin duda debió ser muy importante para Bernal como para toda la primera generación de historiadores de la arqueología, se hace evidente al leer que estas dos grandes personalidades pensaban igual en muchas cosas (Daniel, 1968, 1974a y b). Y así se fueron incorporando textos que incluyeron los problemas ideológicos, políticos, sociales y económicos (Trigger, 1989; Díaz-Andreu, 2007). Pero quizás lo que más le asombraría hoy a don Nacho sería la importancia que se le ha dado, al reconsiderarlos, a los pioneros de los siglos XVII y XVIII, como auténticos arqueólogos. Ya no sólo como *amateurs* de una ciencia que aún no existía y a quienes, por ende, no se les puede exigir que hicieran lo que entonces nadie hacía: cambió nuestro paradigma, nuestra manera de comprender el pasado (Alcina Franch, 1995; Schnapp, 1997). Y que su propio trabajo, el de Bernal, sería parte de la historia consagrada por otros historiadores (Robles García y Juárez Osnaya, 2004, para Bernal en Oaxaca).

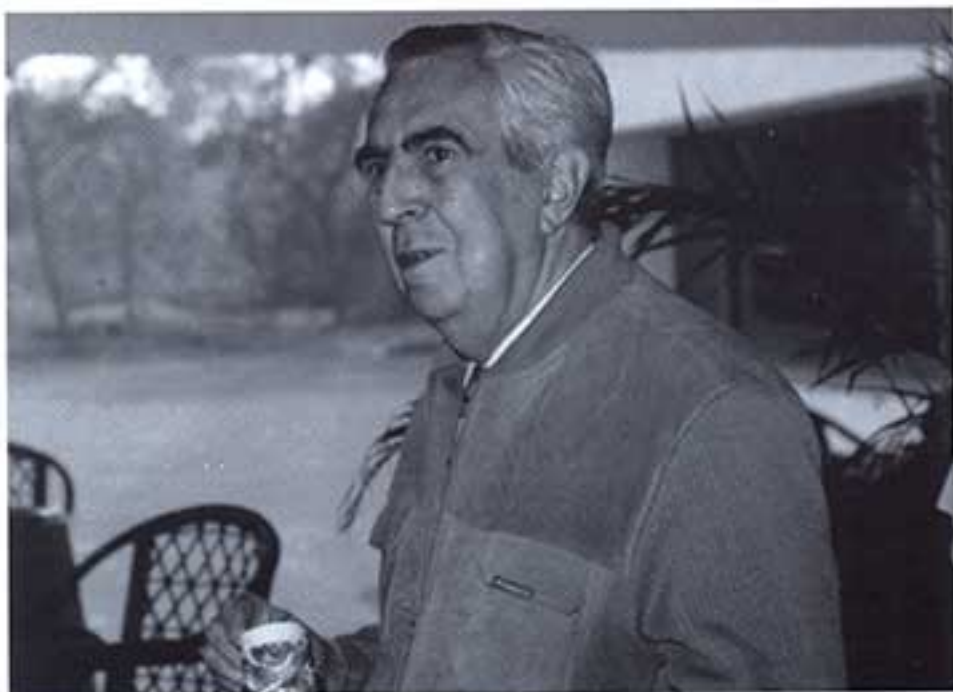
Y perdón si llego a lo anecdótico, pero eso ya me sucedió con el propio Bernal cuando escribí un artículo que planteaba que el primer arqueólogo fue en realidad Carlos de Sigüenza y Góngora al haber hecho un túnel en Teotihuacan en 1675, dado que su objetivo no era buscar oro sino información histórica.

Y Bernal, quien le había atribuido a Sigüenza la excavación en la Pirámide del Sol y no la de la Luna, siguiendo a Boturini y un error de la bibliografía antigua, aceptó la idea y se congratuló de la nueva información, lo que para un joven investigador no dejaba de ser algo importante (Schávelzon, 1987). Ésas son las facetas que muestran la importancia del papel formador de un intelectual de valor.

La obra de Bernal debe entenderse entonces en su contexto histórico —él diría “el contexto arqueológico”—, en una sociedad y un Estado particular, en un momento especial; fue un constructor de instituciones monumentales aunque a veces se le recuerde más por sus trabajos de campo. Y el hacer historia de la arqueología, o muchos de sus libros como *El mundo olmeca* o el establecer la posibilidad de un imperio en Teotihuacan, deben entenderse precisamente en ese camino. Tomaba una selección del pasado que le podía ser útil y asentaba sobre ello su edificio moderno —como el Museo Nacional de Antropología—, no escuchaba las críticas ya que no necesitaba justificar sus acciones, las completaba y las legaba al futuro. Como obra no fue poco y hoy le agradecemos esos tremendos esfuerzos, y tratamos de aprender de ello. Y si citamos algo de lo mucho que se ha hecho después de él, es precisamente para mostrar la amplitud del camino que abrió. La obra de todos los hombres termina en algún momento, pero, visto en la distancia, lo que importa no es sólo qué hizo sino también lo que impulsó a que los demás sigan haciendo.



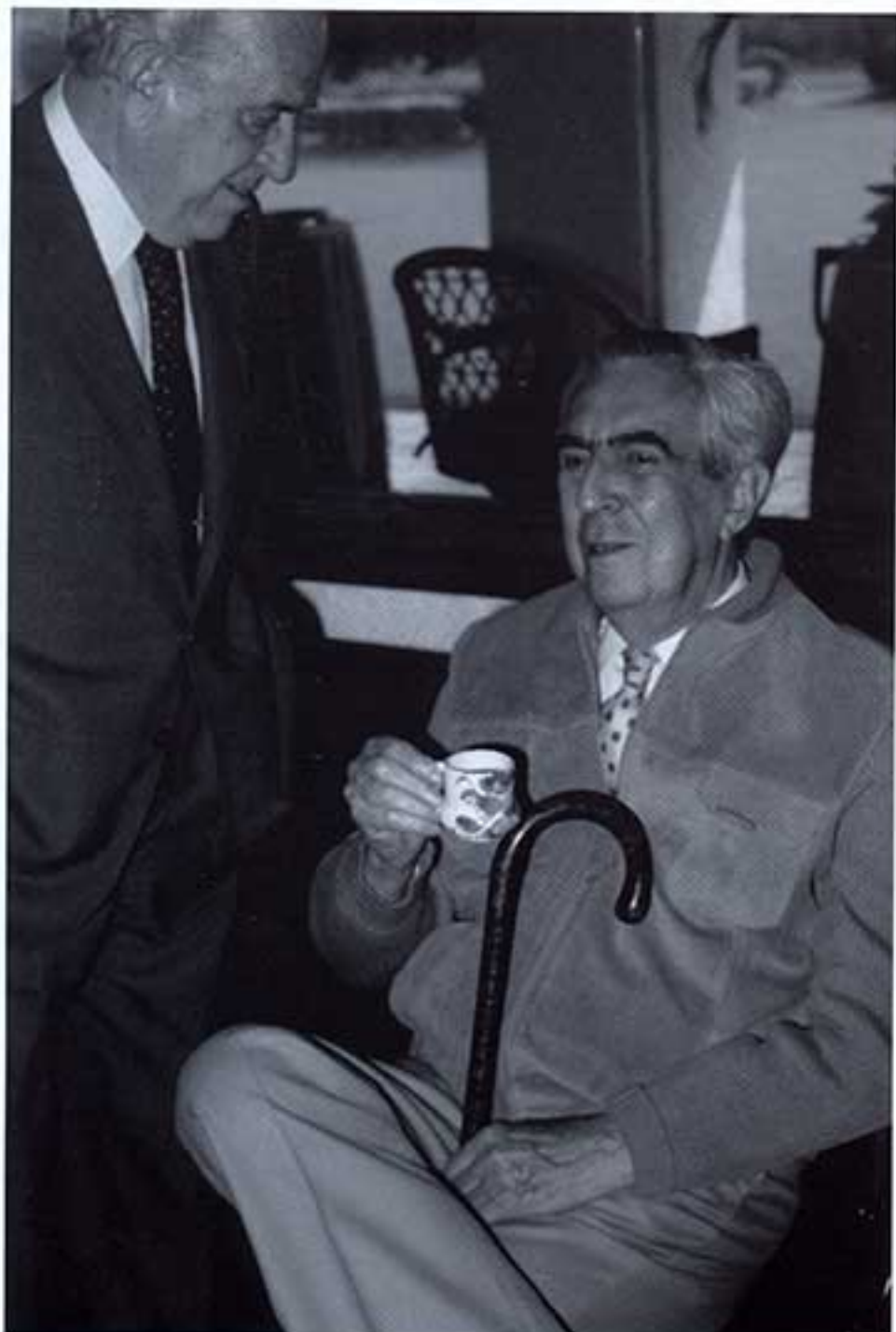
Fernando Cámara
Barbachano, Ignacio
Bernal y Antonio
Pompa Pompa
(Archivo de Daniel
Schávelzon)



Ignacio Bernal (Archivo
de Daniel Schávelzon)



Ignacio Bernal y Sofía
Vereá, su esposa
(Archivo de Daniel
Schávelzon)



Ignacio Bernal y Joaquín Cortina Goribar, una de las personas en quienes el doctor tenía más confianza (Archivo de Daniel Schávelzon)